



De ahora y de antes

por Shanti de Oarso

*A Fray Benito, Capuchino,
renteriano y amigo de la niñez*

«Alaberga» era, hasta hace todavía muy pocos años, el umbral de la calle Viteri que daba acceso al agro del noroeste. Y con una miaja de tendencia al ensueño, se podía llegar con suma facilidad a una de las partes virgilianas más bonitas y vivas de nuestro pueblo. Remontar el altozano de «Alaberga», llegar a los aldeaños de «Versalles» —cumbre de impar vertiente—, era pura delicia; lo mismo que ir bordeando hasta «Lapas», que, además, suponía tener la égloga en la mano...

Desde el alto de «Alaberga» era cosa elemental dar rienda suelta a la imaginación, y más de una vez, sentados sobre la alfombra de su finísimo herbal, vimos nacer ante nuestros ojos entornados todo el perfil marinero de la Villa, tal y como antaño debió ser. Hoy tenemos la fortuna de «ver» nuestro ensueño en el espléndido mural que el gran pintor Santamaría nos ha dejado en el Banco de Vizcaya, situado en la Plaza de los Fueros, cuya incansable contemplación implica, amén de gratisimo placer espiritual, el saber que se puede ir al Banco, no a pasar sustos y angustias de toda laya, sino a todo lo contrario, lo cual, a decir verdad, no es ninguna tontería...

«Alaberga» ha sufrido recientemente una lamentable y profunda transformación. Necesidades perentorias de habilidad, propias de un pueblo que se aprista para vivir, han destruido aquella entrada sorridente a nuestra villa, encauzada por el húmedo tapial medianero del campo, que en su comienzo y altura era rebasado por la frondosidad y empaque de los magnolios que daban sombra al caserío, y que en demasiadas ocasiones hacían saltar las perchas del castizo y viejo tranvía blanco que, asmático y renqueante en su ascensión desde Pasajes, una vez remontado el alto de Capuchinos se perdía en la euforia de la cuesta abajo.

Hoy, además del recuerdo, nos queda el poblado que, desde la otra orilla del río Oyarzun, parece una compleja dentadura llena de caries... Y, caso curioso, cuanto más se cita al poblado en razón de sus habitantes y de su propia personalidad, se le empieza a llamar *Alabarga*.

Parece que la acción corrosiva del tiempo llega hasta las palabras. También parece verdad que el uso de las cosas contribuye a su deterioro. El caso es que con mucha frecuencia oigo, al referirse al poblado, llamarlo *Alabarga*, como queda dicho. Y no a gentes foráneas llegadas recientemente a nuestra Villa, como los contingentes del sur, siempre duros y reacios a nuestra fonética, sino a conciudadanos que han alcanzado la jubilación peinándose toda la vida en Rentería, y que hoy son los reyes de la Alameda... Sin mencionar a nuestros aldeanos, porque conocí a uno que me aseguraba muy seriamente que él solía curarse los fórniculos rezando el Credo «al revés», lo cual me parece el colmo de la sabiduría, y, seguramente, de una actividad terapéutica muy superior a la del antibiótico más potente.

¿Por qué «Alaberga» se llama así?

Aun a trueque de caer en el vicio casi colectivo de hablar de lo que no se sabe ni entiende, voy a dar la referencia que oí, siendo yo muy chico, a persona de seriedad acreditada.

Según aquella cita, el nombre viene de varios siglos atrás. De cuando las aguas en la punta de su pleamar llegaban a mojar los confines de la «Fanderia»; es decir, de cuando la parte llana del actual casco urbano —el casi todo Rentería de hoy—, era una aquietada y tersa bahía, cuyo espejo se veía rayado por las quillas de una multitud de pinazas y galeotas, amén de toda suerte de embarcaciones pequeñas.

Debieron ser tiempos estupendos, saturados de trajín salobre y marinero, porque no en balde nuestros astilleros de otrora, los de «Basanoaga» —en la vertiente de Pasajes—, los de «Pontika» y «Gaberrotta», dieron al seno de los Cinco Mares, los mascarones de proa y alegres grímpolas que, teñidas con la sangre caliente de nuestros arrojados marinos, en las bataholas y derrumbamientos de los abordajes, cubrieron de gloria el nombre de la Villa. Las conquistas de Túnez, Orán y Bujía, así como las escuadras del Turco, supieron lo suyo de ellos, de su frenesí en el combate y del filo de sus hachas de mar. El Capitán Machino de Rentería —nombre temido en todo el Mediterráneo—, inicia la lista con sus fabulosas hazañas, que fueron premiadas por el Emperador otorgándole el título de General del Mar Océano, así como del uso de un escudo de armas, que por ahí anda esculpido en piedra y semicubierto, las más de las veces, por ropas puestas a secar...

El remanso de nuestra tersa bahía, antesala de la de Pasajes, obligaba a penosos remolques —a pura fuerza de remos—, cuando un galeón o pinaza quería maniobrar para ponerse en franquía. Y oí decir que, precisamente, «Alaberga» se llama así, porque cuando el bajel llegaba a la altura de dicho lugar, y quería dejar a estribor Punta Machingo (actual curva del río en Capuchinos, junto al seno de Lezo), y ganar así las boyas de Pasajes, los capitanes de cubierta daban la orden de: «¡A las bergas!»... con la intención de que las velas de la nave recogieran el aire que ayudara la maniobra.

No sé si esto, efectivamente, pudo ser así. Cierta hombre de ribera a quien consulté el caso, hace años, me dijo que el promontorio de «Alaberga» hacía muy buen socaire para el noroeste, viento dominante por aquí, y que en todo caso, no se podría utilizar más que el terral, pero que este aire soplaba poquísimos días durante el año y en más contadas noches...

¿Es por lo que digo que «Alaberga» se llama así?...

Me tomo la libertad de brindar a la erudita pluma de nuestro paisano Luis Michelena, el que eche un tantico de luz sobre el tema. Mientras tanto, podríamos dar por buena la cita referida.

Sea lo que fuere, no está bien que se llame *Alabarga* al poblado de «Alaberga». Como no es correcto que denominemos, desde hace años, ciertamente, «Shamako-erreaka», a la regata paralela a la calle de Santa Clara, porque, en realidad, su verdadero nombre es el de «Zamorako-erreaka», tomado de la casa solar de los Zamora, ubicada, años atrás, al final de dicha calle.

Pero ya hemos dicho que la acción corrosiva del aire y de los agenes atmosféricos llega hasta las palabras...